

# Un sangriento vuelco electoral

**CRISTIAN JARA ALVARADO**

Siete de la mañana. La gente bosteza. Introduce su abono metro por los torniquetes y camina presurosa hacia el andén y aguarda el vagón que diariamente la conduce al trabajo o a la escuela. Quizá se trataba de la visita días atrás postergada y quedó la mesa servida de la madre preocupada o tal vez, por qué no, acostumbrada a la tardanza de su único hijo. Seguro hubo quienes viajaban con la cabeza reposada a la ventana deseosos de una vida mejor. Los aferrados enérgicamente al estribo hundidos en sus problemas. Los presurosos que miran a todas partes. Los soñadores imaginándose dentro de unos años dedicándose a otra cosa. Ancianos gruñones con ojos de niño. Adolescentes prendidos a sus teléfonos móviles o sumergidos en conversaciones ingenuas. Seguro unos cuantos leían el libro prestado. Imagino los ojos muertos y gastados de inmigrantes dispuestos a trabajar de lo que sea para ganarse un puña-



*Felipe Posadas*

Felipe Posadas

do de euros. Con tal de –a cambio de su esfuerzo– seguir en busca del sueño de vivir en un país que les brinda verdaderas posibilidades de vida que en sus países de origen las tienen negadas: colombianos, rumanos, marroquíes, peruanos, ecuatorianos. Inmigrantes sin papeles también, pero madrugadores porque entienden que la vida es dura y el tiempo corto. Porque saben que siempre hay una esperanza. A las siete de la mañana en la estación de Atocha parecía un jueves cualquiera. Treinta y nueve minutos más tarde de ese inolvidable once de marzo, se producía el mayor atentado terrorista de la historia de España que le arrancó salvajemente la vida a más de doscientas personas.

La incredulidad y el desconcierto se apoderó de los televidentes y de los vecinos que viven en los alrededores



Mauricio Vega

de Atocha. En los bares abiertos desde temprano los clientes de paso quedaron petrificados. Era demasiado. Los medios no sabían tratar la noticia. Cuatro atentados simultáneos causaban una masacre en trenes de Madrid. En un principio se habló de seis muertos. Las cifras, al pasar los minutos, se fueron incrementando. Habían explotado al menos diez de las trece bombas ocultas en mochilas y colocadas en los cuatro trenes que partieron de Alcalá de Henares, entre las 7:00 y las 7:15. Las bombas fueron preparadas para que la explosión se produjera apenas 35 minutos después de ser colocadas en el interior de cada vagón. En total explotaron más de cien kilos de dinamita.

Esta línea ferroviaria es utilizada diariamente por 216.000 pasajeros provenientes de barrios obreros. En las horas punta, se trasladan alrededor de 700 en cada convoy y un total de 100 en cada vagón. El tren alcanza una velocidad de 120 kilómetros por hora.

Eran exactamente las 7:40 cuando se produjo la primera explosión. El tren procedía de Alcalá de Henares. 50 metros más allá y a pocos minutos de haberse producido la primera masacre, en otro tren con el mismo destino, explotaron cuatro bombas más que le hicieron perder la vida a 64 personas.

Las escenas dantescas continuaron en la estación de Pozo –Entrevías, al lado de uno de los barrios más humildes de Madrid. Fue el atentado más sangriento de esa fatídica mañana que dejó 67 cadáveres regados. Cien metros más allá, en la estación Santa Eugenia, estalló un cuarto tren que causó 16 víctimas mortales. La gente de los barrios aledaños a las vías, paramédicos, personal de la cruz roja, así como voluntarios, se internaron entre los amasijos de fierro en busca de sobrevivientes. Sólo una mente criminal pudo ser capaz de cometer un acto tan descarnado y salvaje como éste.

Una hora después, se transmitieron las primeras imágenes y enseguida se le atribuyó a ETA (representante extremista y radical del indómito pueblo vasco) la auto-

ría de tan indiscriminada masacre. Hubo confusión. Los periódicos prepararon ediciones especiales de último minuto. Una foto valía más que cien palabras.

¡No me pida que juegue a las quinelas! –contestó José María Aznar cuando un periodista le preguntó: ¿existe la posibilidad de atribuirle la autoría del atentado a los miembros de Al Qaeda? El presidente de gobierno aseveró enfáticamente estar convencido de que los autores eran miembros de la organización terrorista ETA. Los atentados frustrados anteriormente y la modalidad empleada “hicieron suponer” que Aznar decía la verdad.

A las diez treinta de la mañana Arnaldo Otegui, líder de la ilegalizada Batasuna (formación vinculada a ETA) declaró ante la opinión pública: “ni por los objetivos ni por el modus operandi la masacre puede ser responsabilidad de ETA. Puede ser un operativo de sectores de la resistencia árabe.”

Mariano Rajoy, en ese entonces todavía candidato del PP a la presidencia del Gobierno dijo que España estaba de luto y por lo tanto no era momento de hablar de otra cosa que no fuera el dolor sentido. Unas horas después en una entrevista con Tele 5, daba por hecho que ETA había cometido el atentado.

A la una de la tarde los medios de comunicación recibieron la llamada telefónica del presidente de gobierno para manifestar su total convicción de que ETA estaba detrás del atentado contra los trenes; sin dar crédito a la duda ya que los etarras no avisaron previamente al ataque como suelen hacerlo habitualmente.

Horas más tarde el ministro de Exteriores confirmó la autoría de ETA a los embajadores.

A las siete de la noche se difundieron nueve fotografías de etarras vinculados con el incidente.

Recién a las ocho, el titular del Interior decidió no descartar ninguna hipótesis y explicó que la policía había hallado una camioneta blanca junto a la estación de Alcalá de Henares y que en su interior se habían encontrado siete detonadores y una cinta con versos del



Antonio Ledesma

Corán y dio órdenes para no descartar ninguna línea de investigación ni ninguna hipótesis, aunque se mantenía firme en atribuirle la autoría a ETA.

Casi a las nueve Aznar se puso nuevamente en contacto con los medios de comunicación para insistir en que el atentado había sido obra de ETA. Les comunicó sobre el hallazgo de la furgoneta con la cinta de los versos del Corán, pero había que seguir tamizando la noticia hasta el día lunes a como diera lugar.

Minutos más tarde Al Qaeda mediante una misiva enviada a un periódico londinense se atribuye la masacre indiscriminada y la carta da la vuelta al mundo.

Durante todo el día del viernes las instituciones oficiales continuaron sosteniendo la hipótesis de ETA. Por la noche, toda España salió a manifestar su repulsa por los actos indiscriminados. La supuesta convicción del gobierno y la posibilidad de un ataque perpetrado por el terrorismo internacional había sembrado la duda: ¿Quién ha sido?

El catorce de marzo, sorprendentemente, el sesenta por ciento de los españoles concurren a las urnas; un

porcentaje basta alto en comparación con elecciones pasadas.

Es sabido que había un descontento en ciertos sectores de la sociedad respecto la política de gobierno que venía aplicando el PP en España. Sin embargo, contaba con la mayoría del electorado a su favor. De no haberse producido tan horrenda masacre quizá en estos momentos Mariano Rajoy (candidato del PP) sería el nuevo presidente de gobierno español. Pero es obvio que se ocultó información de manera descarada debido a intereses políticos. Aquello, sin duda, podía suponer un vuelco electoral a favor del PSOE pues la gente fue a votar el 14 de marzo convencida de que el atentado había sido producido por Al Qaeda. Resultó imposible encubrir la noticia. La raíz del atentado obviamente guardaba relación con la participación de España en la guerra de Irak, guerra a la que José María Aznar en ningún momento se opuso. El triunfo del PSOE fue un vuelco electoral sin precedentes. Obtuvo la victoria con casi 11 millones de votos. Fue el mayor respaldo en los 27 años de elecciones democráticas en España.

“Faltan doscientos” gritaban a una sola voz los simpatizantes del PSOE en la manifestación por el triunfo. Algunos no se lo creían del todo porque un día antes del atentado las encuestas señalaban como virtual ganador al PP. Sí, faltan doscientos y quien sabe si otros más porque todavía en los hospitales hay un centenar de personas debatiéndose entre la vida y la muerte. Nada podrá cubrir la ausencia que dejan los fallecidos. Nada podrá saciar las lágrimas de una madre, de un padre, de un hijo; hombres y mujeres comunes y corrientes que cometieron el delito de subirse esa mañana a un tren.

Ahora que han transcurrido unos días en las veredas de la estación de Atocha y en la puerta del sol se han colmado de velas y recuerdos rescatados entre los

amasijos de hierros; cartas escritas con el alma por la mujer que no volvió a ver a su marido. No os olvidaremos nunca –escribió alguien; pues es difícil olvidar, menos cuando nos arrebatan al ser querido de manera tan despiadada. Cuando uno pasa por ahí conmovearse es inevitable. Hay fotos de gente deseosa de seguir viviendo. Sandra no pudo comprar su ansiado piso. Faltaba un día para el cumpleaños 18 de Álvaro. Lo último que Nieves le dijo la noche anterior a su hija fue: avísame quien ganó el concurso de “La selva de los famosos”. Neil, ecuatoriano, vivía hace ocho años en Madrid, había obtenido ya la nacionalidad. Héctor, inmigrante chileno tomaba todas las mañanas ese tren con la esperanza de algún día dejar de ser ilegal.

Todas estas penas, los fierros retorcidos, la humareda, el llanto estridente de las sirenas, conllevaron a que aquel domingo catorce de marzo la población entera observara lo que a priori era un sangriento vuelco electoral.

La intención de Al Qaeda era una sola y fue decisiva para la gran participación electoral (60 por ciento) de votantes.

No se pudo ocultar la información por mucho tiempo porque si bien como lo dijo Fernando Savater vivimos en una época en que “La línea ferroviaria donde atentaron los terroristas diariamente es utilizada por 216,000 personas. 700 personas en cada convoy y viajan alrededor de unas cien en cada vagón.”

Ahora que ya se sabe quienes han sido los autores de esta masacre indiscriminada ocurrida hace más de un mes en Madrid.

El once de septiembre se revivía en cada persona herida que moría en manos de los paramédicos. En cada persona amputada en los hospitales. En cada grito de angustia que incrédulo traspasó las fronteras en cuestión de minutos. El once de marzo será recordado como el día de la infamia.